

MEMORIA SELECTIVA PARA SEGUIR AMANDO

Yo pienso que algunas enfermedades como el Alzheimer y el Parkinson están en el mundo para enseñarnos cosas. Esa es mi opinión, lo que yo aprendí sobre mí misma conviviendo con mi padre durante su enfermedad es imposible que lo hubiera sabido si no se dan en mi vida circunstancias tan excepcionales.

En este pequeño relato recojo algunas de las lecciones que yo adquirí con él del Alzheimer y lo que descubrí sobre mí misma.

Como cada día me levantaba a las 8 de la mañana, tenía mucho que hacer: ya había planificado todo para tener el desayuno tranquilo; se cayera lo que se cayera, no iba a pasar nada porque todo estaba protegido; habíamos comprado manteles, delantales, platos y tazas de plástico y los cubiertos no cortaban.

Parecíamos completamente preparados para la rutina diaria, pero con papá ese término no era posible; en un segundo todo podía cambiar: no querer comer, no andar, ponerse a llorar, darte patadas.....Cualquier cosa podía suceder.

Así que empezábamos el día con un montón de tareas por delante:

Desayunar, preparar desayuno de papá, ajustar su delantal grande y un mantel de plástico, permanecer cerquita a ver cómo lo lleva hoy y si no logra coordinar bien con la taza, darle la leche.

Pronto pasaríamos esta fase y estaríamos en la de no poder comer nada solo.

Mientras trastea con las galletas antes de poner “perdida la mesa completa”, miro sus pies: las zapatillas deben ser más cerradas; mañana las encargo y estará más calentito.

Después, mientras lo aseo y lo afeitado, dejo la habitación ventilándose para que no reciba la corriente. Más de una hora entre ducha, lavado y afeitado.

A continuación, es el turno del repaso: medicinas tomadas, gelatina preparada porque luego hay que dársela (no puede olvidarse), si no falta hidratación.

Estoy desarrollando nuevas habilidades y la nevera se ha convertido en un tablón de anuncios. Me levanto y anoto en un papel:” Gelatina de fresa” y lo coloco en el frigorífico con un imán.

La estrategia para descansar con las piernas sobre él en el sofá para que no se pueda levantar sin despertarme ha sido un gran avance. Muchos pequeños éxitos nos anuncian que vamos a lograrlo.

Ya instalamos la alarma de gas y un pestillo casi en el suelo en la parte de debajo de la puerta. Esto hace imposible que lo abra. también hemos solicitado la medalla con teléfonos por si nos tenían que localizar si se pierde. El otro día no sabemos cómo se escapó.

Pero...todavía no sabíamos lo que iba a suceder; todos los días aprendíamos algo, a resolver lo que iba surgiendo y a improvisar.

Hoy se mira al espejo y ve a otro señor, empieza un diálogo consigo mismo.

-Buenos días, ¿ya le atienden? “Nunca perdió su buena educación”.

Yo me pregunto dónde estaremos hoy y con quién. Se miraba al espejo, no se reconocía y se saludaba, se daba los buenos días a sí mismo y agradecía la visita. Era enternecedor.

Yo decía: “Papá, se va ya” y él se despedía de sí mismo con mucha gentileza.

Otro día me contó su vida, sus anécdotas. No recuerda que soy su hija, me confiesa que está casado con Sagrario. Solo él llama a su mujer Sagra, los demás la llaman señora de Baena y las niñas, mamá. La quiere mucho, me relata que él le hace bromas cuando las niñas no miran.

Entonces yo lloro. Mamá murió ayer, él no se dio cuenta, no se percató de que no volvió del hospital igual que no notaba que de mis ojos salían lágrimas por los lados.

Sigue recuperando vivencias con su mujer, relata sus extravagancias y cómo le riñe por fumar, yo le respondo:” ¡Qué suerte tiene, qué graciosa es su mujer !”

Me levanto, voy al baño, me refresco, me mojo la cara y empiezo de nuevo. Eso también lo aprendí bien, reiniciar cada día muchas veces, olvidando lo que había sucedido por muy duro que fuera: había que seguir como si no hubiera oído nada, después de un rato comenzaba de nuevo.

-Buenos días, Papá. Hace buen día, vamos a salir. Recuerdo que cuando mamá murió todavía andaba por casa.

Otro día en el salón arranca una moto imaginaria, una Lambretta, tiene arranque lateral, es una moto con sidecar y él da la vuelta por el espacio que ocuparía.

Trasteando con ella se siente feliz, la moto le gusta, solo hay que controlar que no se caiga. Yo le digo: “No ha arrancado, no te montes hasta que no arranque” y él dale que dale al pedal.

El panorama está tranquilo, me encanta.

Viene mi hermana y observa que estamos jugando; la verdad, jugábamos mucho y cantábamos habaneras. Siempre le gustaron; cuando ya no las podía cantar solo marcaba el pum pum después de mí. Entre los juegos y las habaneras transcurrían los días. Ella afirmaba que yo estaba enloqueciendo ¡Bendita locura ;

Llama a mamá, le da una voz:” Sagra” Yo contesto: “Ha ido a comprar”. Él me cree y continuamos jugando.

¡Cuántas mentiras habré dicho en ese salón, cuántas ;

Toca dormir, se dirige como un autómatas a la habitación, la palabra “toca” tenía ese efecto en él: era como una orden.

Dice:” ¡Como llueve¡¡Un sol total !”. Yo digo: “A jarros”

Aprendí a adaptar mi realidad a lo que me encontraba cada día, a mentir si era necesario, a hacer un mundo más bonito con recursos fáciles, a jugar si la persona que quiero lo necesita y a no dar importancia a las apariencias ni al qué dirán.

Supe además que él tenía en un lugar especial de su memoria para sus amores verdaderos, esos que trascienden el mundo consciente, que te necesitan y te evocan en sueños, que te respiran y te sienten en la oscuridad, que perviven más allá de la lucidez. Es una lección de amor observar como una persona se desplaza de su realidad al no soportar el dolor de perder a su hijo y seguir unido al amor de su mujer y su madre.

Podría decir que mi padre desarrolló una memoria selectiva para seguir amando.